

Los no podemos rechazar trabajar en la sociedad presente. Tratamos de invertir el orden de las cosas, a extender al nivel popular una cultura reservada a una élite o a una clase». Pero esto no quiere decir que haya que producir una cultura específicamente política. «A partir del momento en que hubiese un arte socialista, yo no sería ya socialista», porque la intención del socialismo es la de abolir las luchas de clases y llegar a «lo universal», y porque el socialismo «no es un dogma, ni una filosofía; menos aún una religión. Es un método». Su pensamiento acerca del fenómeno cultural aparece concretado en tres puntos:

1. «Es inútil buscar las formas de una libertad cultural sin el postulado de una libertad económica. No hay revolución cultural si no acompaña una reforma de las relaciones de producción» que produzca «la conquista del tiempo de vivir».

2. «La liberación económica y las reformas de estructura no pueden por sí solas levantar automáticamente la opresión cultural. Es preciso obtener la liberación del hombre». Para Miterrand, existen estados socialistas que han conseguido la liberación económica y las reformas de estructura, pero que son «estados de opresión». Se trata de evitar que las nuevas clases burocráticas y tecnocráticas sustituyan a las masas, y que la cultura debe ser preservada incluso cuando aparezca como contradicción a las formas institucionales de un país.

3. «No es preciso definir la cultura, porque hay demasiadas definiciones. Es un conjunto de representaciones contradictorias que van hacia una síntesis, es decir, hacia un lenguaje. No es posible realizar una acción cultural interesándose solamente en esos modos de expresión directa que son, por ejemplo, el disco, la danza, el teatro, si al mismo tiempo no existe una política de marco de vida en torno a la organización de la ciudad y de la sociedad humana arrancada desde hace dos generaciones a la sociedad pastoral». Las ciudades están construidas en nombre del máximo beneficio: la comunicación queda interrumpida, carece de lenguaje y «no hay cultura sin lenguaje». «Hoy no hay intermediarios entre los grupos multiformes que nacen en la base del estado. Hacen falta intermediarios por lo menos en el nivel de la región. La autogestión es una virtualidad que el trabajo del político está encargado de precisar. Solamente por medio de la descentralización y la multiplicación podrán ser revisadas las formas de una cultura».

En los coloquios organizados por el partido comunista se ha

insistido con más vigor en algunos de los aspectos del final de las subvenciones y sobre todo de la descentralización. La Federación de centros culturales comunales, que representa 285 ciudades de un total conjunto de unos veinte millones de habitantes, ha criticado cierto tipo de realizaciones estatales descomunales: la Opera del Rhin, en Mulhouse, con un presupuesto de más de 20 millones de francos anuales, no alcanza a más de diez mil espectadores. (Pensemos, en España, el número de espectadores y la clase reservada de éstos, a quienes atañen los elevados presupuestos de los Festivales de Opera y Ballet, incluso los teatros nacionales y los festivales de España.) En este coloquio, un delegado ha pronunciado esta frase: «Vale más que los habitantes de un pueblo se asocien para montar una fiesta, que el que asistan a una fiesta montada por especialistas, aunque tenga un alto nivel artístico».

La idea de que el cambio de sociedad es esencial para la difusión de la cultura aparece entre los comunistas con la misma fuerza, por lo menos, que entre los socialistas. «No puede haber ningún cambio profundo y durable sin que aquello que se produce en la cultura vaya al mismo paso que lo que se produce en la sociedad», dice el profesor François Hincker, de la Universidad de París. «Nos encontramos en una época en la que durante largo tiempo, e incluso bajo el socialismo, perdurará entre el trabajador manual y el intelectual». ¿Cómo ha de evitarse esta separación? Para Jacques Chambaz, miembro del comité central del partido, «es preciso evitar creer que el primer paso debe ser dado por los intelectuales. La alianza de intelectuales y trabajadores ha de hacerse en términos de igualdad y respetando la originalidad de cada uno. Con esta condición se podrá luchar contra la crisis de la cultura». Esta frase indica un matiz de considerable evolución sobre la idea anterior de que el intelectual debería estar situado en la escolta del trabajador y siguiendo el instinto de éste: en el fondo, ocultaba una soberbia intelectual que le suponía a éste capaz de una especie de paternalismo: una supuesta mayor flexibilidad y comprensión para su compañero proletario. Según otro diputado comunista, Jack Ralite, para realizar esta unión sería necesaria una «cultura de transición», a través de la cual unos y otros se encontrarán.

Debates sin conclusión, necesariamente. El tema es tan especulativo como amplio. Pero debates que han producido un enorme interés y una gran expectación en la izquierda francesa, una izquierda muy intelectualizada a pesar de todo, muy culturalizada, que echaba de menos un tratamiento en profundidad de temas que son sin duda primordiales. ■

La Capilla siXtina

LAS PERSONAS DECENTES

Sorprendentemente, algún periódico español ha quebrado las últimas lanzas en defensa de Nixon. En algún caso, es decir, en uno muy concreto, esta actitud final se justifica como el balance final de una larga cuenta de favores informativos prestados al Presidente Nixon y que no iban a quedar desairados de la noche a la mañana. Así, hemos podido contemplar el espectáculo de periódicos respetables jugando el tipo por uno de los políticos más rastroseros e indeseables que la Historia haya proporcionado. Es romanticismo. El extraño romanticismo de la gente de orden que consideran "desorden" el hecho de que la autoridad del Emperador de Occidente estuviera tan podrida, que al final no haya habido otro remedio que quitársela. ¿A dónde vamos a parar si a un dirigente como Nixon no se le deja hacer marrullerías? Esta es la pregunta que se hacen los empresarios del orden, alguno incluso poseedor de una fotografía en compañía de Nixon, de las cientos de fotografías que un Presidente de Estados Unidos se hace al cabo del año con visitantes de cuyo nombre ni siquiera se acuerda.

La pregunta tiene su miga. Tal vez vayamos a parar a un mundo en el que se pueda discutir la omnipotencia de la autoridad. De la autoridad del Presidente de los Estados Unidos y de la autoridad de los presidentes de Consejos de Administración de empresas periodísticas que conservan como oro en paño la foto que se hicieron con el tahúr de postín en las puertas de la Casa Blanca. Porque tomas de posición en favor de Nixon, haya hecho lo que haya hecho, desorientan a las personas decentes. La decencia es una virtud elástica y confusa que sólo queda claramente delimitada cuando se le opone la indecencia. Por eso las personas decentes sabemos que lo somos cuando no tenemos nada que ver con Nixon.

La indecencia de Nixon es la más flagrante. Comprendo la

supuesta indecencia del delincuente habitual, en muchos casos forzado por la sociedad y en otros por sus propias incapacidades. Me merece piedad desde el asesino temperamental hasta la víctima habitual de la Ley de Vagos y Maleantes. En cambio, no me merece ninguna piedad la indecencia de Nixon, un hombre que ha sido cazador de otros, asesino industrial de miles de vietnamitas, responsable del estupro colectivo cometido contra el pueblo chileno. En Estados Unidos le llamaban "Dick el Tramposo" porque los americanos se han ido enterando de que Nixon empezó su fortuna ganando diez mil dólares al póquer durante su estancia en la Marina durante la segunda guerra mundial. Y toda su carrera política ha sido una sucesión de marrullerías, traiciones, insuficiencias, mediocridad recelosa. Una auténtica basura.

¿Por qué, entonces, algunas personas decentes de nuestro país han rendido la última batalla de la confusión en defensa de "Dick el Tramposo"? Porque tienen miedo de un mundo que cambia y en el que las trampas cada vez serán más difíciles de disimular, de un mundo en el que el latín de los sacerdotes de la política y la cultura perderá progresivamente validez, y todos estaremos en condiciones de llamar al tramposo tramposo y al indigno indigno. A pesar de la protección de las dignas gentes de orden, la miseria moral de Nixon ha quedado al descubierto, y seguir encubriéndola es una manera de tratar de encubrir la parte de responsabilidad que esas dignas gentes de orden tienen cotidianamente en que los Dick Tramposos de este mundo sigan pudiendo hacer trampas.

Yo, lo confieso, la he gozado. Mil novecientos setenta y cuatro me va a proporcionar un infarto de placeres. Desde abril hasta agosto ha sido un año impresionante para nosotros, las personas decentes. ■

SIXTO CAMARA